

Excito 11M(146-542)

en el Exilio

Nº 1

FERNANDO ALEGRIA

Novelista, poeta y ensayista Reside en California Estados Unidos, donde es ampliamente conocido por su labor literaria y universitaria.

CODO A CODO

No sé como decirlo, pero tengo la impresión de que me pasan por el aro. Me ven gordo, sereno, juicioso. Me respetan. Pero, a más de alguno se le sale la opinión que ha de ser típica. "Con esa cara de huevón, dicen, todo lo que se cree." Se equivocan. No me lo creo todo. Desde el comienzo pensé que el matrimonio de Domingo Osorio con la señorita Firestone era una idiotez. Los jetones que me rodean celebraron la noticia con entusiasmo. "Es como si se hubiera acabado el exilio, decían, la vida empieza a ponerse buena." Buena porque la señorita Firestone es hija de un millonario. ¿Y qué tienen que ver sus millones con la suerte de todos nosotros?

Nosotros, debo decir para no dejar las cosas en el aire, somos un grupo de familias arranchadas en el lago Manitoba adonde llegamos un día —una noche, mas bien dicho—, de 1975. En Curacautín, donde vivíamos, hicieron una redada de lo que ellos creían eran peces gordos. Nos agarraron con mujeres, chiquillos y algunos veteranos, nos llevaron en camión a Santiago, de ahí a Pudahuel y nos embarcaron en un avión sin que supiéramos para dónde. Por suerte llegamos al Canadá en verano. Si no, cagamos de frío.

De Montreal fuimos a Winnipeg y de aquí al lago donde los sindicatos de pescadores y trabajadores del cuero nos recibieron en galpones que después dejamos para ocupar departamentos en un multifamiliar.

Nada pasó en la patria ni aquí que nos ayudara para la sorpresa de aterrizar en otro planeta. Y como nada pasó, nosotros siguiemos viviendo igual que en Curacautín. Formamos un Frente Unido, pero igual que en Curacautín, nos dividimos. Hoy, somos varios partidos y, dentro de los partidos, hay hasta grupúsculos. Crestones acelerados. En otro pueblo del Canadá, más chico que éste, viven tres familias chilenas. Las tres están divididas. Existen como cinco partidos socialistas. Cuando don Cloro visitó este país quiso reunirse con estos compatriotas. Pero, no se pudieron poner de acuerdo en la agenda, así es que hubo tres reuniones. Eso sí que quedó preparada la plataforma para un magno congreso de la unidad que las tres familias no han podido celebrar todavía. Como iba diciendo, ese matrimonio de Domingo Osorio, así se llama igual que el boxeador curicano, contra la señorita Firestone, me pareció desde el comienzo una mansa huevada. Así se los dije a los novios y a los que me vinieron a solicitar mi opinión. Por mi edad y cara de lo que ya dije, soy en esta población una especie de patriarca. Se me hacen confidencias, se pide mi consejo. La mayor de las veces hacen caso. Cuando se las canto claro, dicen: a este viejo ya le patina. Ahora, se me preguntará, por qué pensé que el matrimonio de Osorio con la señorita Firestone era una huevá. Bueno, por varias razones.

Empecemos por las figuras de los contrincantes. Osorio, es moreno castigador, tipo Travolta, dirá él, y yo estaría de acuerdo. Moreno de ojos verdes, ojos de dormitorio, o sea, mira como pensando siempre en la cama y como si al tomarlo en serio las mujeres se engañan. Por que en verdad se engañan. Además, nunca se sabe en que mierda está pensando Domingo Osorio. Está pensando. De eso estoy seguro, pero no se sabe en qué. Desde que lo conocí tuve la impresión de que pensaba en arrancarse. Pero tampoco se arrancó. ¿Para donde se hiba a ir en estas soledades de nieve? Hace ocho años que llevamos aquí, ocho años de... Pero, estaba hablando del matrimonio. La señorita Firestone se enamoró como tonta de él. Lo conoció en la iglesia del Sagrado Corazón, en las noches de solidaridad de los sábados. Se lo puso bajo el ala y lo ayudó con ropa, con libros y hasta con pega, o sea, que no fue ella la que le consiguió todo esto,

sino su papá, el caballero multimillonario.

Diré para completar el cuadro que la señorita Firestone es una rubia de cara plácida y redonda, usa anteojos de color celeste que van muy bien con sus ojos originales, tiene lo que se llama una mens sana en un corpore sano, un cuero estupendo. Y aquí está su perdición. Bueno, no sólo aquí, sino también en

otros rasgos suyos y de su papá.

Por que la familia pensó desde un principio que si Domingo Osorio iba a casarse con la señorita Firestone debía entrar de veras en la familia, dicho de otro modo, olvidarse de sus malas costumbres y hacerse un caballero exiliado.

Nuestra Comisión de Control llamó a Domingo Osorio en varias oportunidades, pero él nunca hizo

caso. Y las consecuencias no tardaron en venir.

Después de la luna de miel, de la que no tengo detalles, los novios vivieron con los suegros en el tipo de mansión que se puede imaginar. Sin embargo, seamos justos y digamos que Domingo Osorio y su señora ocupaban un ala independiente, un departamentito muy monono que, desde el comienzo, Domingo Osorio quiso usar para reuniones de partido y para su club de dominó. Así fue como las quejas llegaron primero a mí.

Un día vino la recién casada a hablar conmigo en privado. Lo que me dijo me dejó con la boca

abierta.

-Domingo Osorio -dijo ella, -, tiene costumbres muy extrañas. Cuando estamos comiendo los dos solos me dice de repente mostrando la ventana: Miar, mira, gorda, mira el avión, parece que se va cayendo. Yo me doy vuelta a mirar y ¿sabe lo que hace él? -Qué será - le pregunté. -Con un gesto muy rápido me saca las papas fritas del plato y las pone en el suyo. A veces me saca un pedazo de carne o una presa de pollo. ¿Por qué me martiriza de este modo? Si me la pidiera, se la daría.

Puchas el huevón idiota, me dije a mi mismo. ¿Cómo se le ocurre hacer esta clase de tallas con una mujercita así, tan distinguida? —¿Y lo hace comiendo con sus papás? —le pregunté por decir algo. No,

no lo creo. Al menos nunca me he dado cuenta.

Lo pensé—No hallo que esto sea muy grave, créamelo, es cosa común en mi tierra, más parece una broma de niños. Es para que usted se ría. —No —respondió ella seriamente, no es broma, no lo hace en broma. Tengo la impresión de que todavía tiene hambre. No me mira en broma. Veo dureza en sus ojos y últimamente he sentido miedo.

La observé de reojo y pensé ésta no puede ser la razón de su queja, debe hacer algo más, algo grave que no se atreve a decirme todavía. Un huevón tan rasca como éste salido de las acequias de mi tierra, tiene muchas mañas y me agregué a mí mismo: ¿te lo imaginas en la cama? y ¿antes de meterse a la cama? y ¿después? Yo sabía de un vecino en Chile que para la noche de boda, como no tenía pijamas, el huevón se puso traje de baño. Creyó que así se iba a ver más choro. —No le de importancia, Ofelita— le dije, que así se llamaba la flamante señora de Domingo Osorio—, llámele la atención. Se le quitará la maña. Cuando él le diga: "mijita, mire el pájaro que va pasando" ustedhace como que va a mirar, pero no se da vuelta, lo pilla y le pega en la mano.

La mano, dije, y los dos nos quedamos pensando. Porque lo que no he dicho todavía es que Domingo Osorio es sunco. Le falta el brazo izquierdo, del codo para abajo; tiene un muñoncito que tapa la manga del paletó, siempre colgado. Así es que decir "le pega en la mano" resultó un poco cruel. Ella se quedó callada y se retiró un poco desilusionada. Habrá pensado qué consejos se atreve a dar este viejo pelotas. Pero, no dijo nada y se despidió con su elegancia de siempre. Tal vez fue una huevada lo que le

dije, pero pienso que era lo justo.

Además, se me olvidaba decir que como regalo de boda el papá de la Ofelia, el millonario, en síntesis, el suegro, le dio a Domingo Osorio ub brazo artificial, un brazo último modelo, todo automático, con resortes, coyunturas, mano, dedos, de todo, un brazo fenómeno, hasta con venas y pelos, si no me equivoco. Y el pobre huevón del Domingo que estaba tan acostumbrado ya con su muñoncito, se sacaba el brazo artificial a cada rato. Porque no lo aguantaba. Decía que le pesaba mucho, que le dolía, que tenía olor a fierro y a cuero. Para jugar billar el maldito se lo sacaba y lo ponía en la mesita donde sevían las cervezas. Agarraba el taco firme con la mano derecha y lo ponía sobre el muñon para hacer la puntería y tirar la carambola. Se hizo famoso en Winnpeg donde inventó las quinelas.

Después de esa primera sesión de confidencia y consulta con este psicólogo, la Ofelia vino repetidas veces a verme. Sus quejas no tenían fin. Que el Domingo se sacaba el brazo en la mesa y se lo ponía para acostarse con ella, que a veces le hacía cariño con el muñon, que que durante las concentraciones lo llevaba en la mano derecha, que para bailar cueca se lo colgaba en la cintura, que en el excusado... bueno

no entraré en detalles.

Además, Domingo Osorio no quiso trabajar en la oficina de su suegro millonario, ni aceptó ser capataz en la fábrica, que en vez de ir a curti cuero se iba a los billares, en fin, que se había transformado en un termocéfalo y elemento anarquizante.

La Comisión de Control volvió a llamarlo. Nos estaba sacando los choros del canasto. Domingo

Osorio se amurró y no abrió la boca.

Y aquí viene lo principal. Yo no sé por qué razón, simpaticé con él. Una noche, después de la reunión de partido en mi casa, lo vi salir solo y fuí detrás de él. Era el comienzo del invierno en el lago. Se preparaba la conmemoración del aniversario del partido. A Domingo Osorio se le había pedido que contribuyera en el programa de variedades con uno de sus monólogos que le salían tan tan bién. A veces. Porque a veces se ponía pesado y le daba por hueviar a los asistentes hasta que lo pifiaban. Domnigo salía al escenario con una guitarra haciéndose el que ibà a tocar, pero no tocaba nada, qué iba a tocar él, más

sunco el pobrecito, y mientras tiraba pinta con la guitarra contaba la huevá de su monólogo para terminar

con unos versos de Victor Domingo Silva.

Lo seguí esa noche y de repente me dio tristeza verlo caminar solo por la calle que el frío estaba puliendo, frío de nieve que no cae todavía, y no habiendo un alma a la vista, este ñato parecía caminar por la luna. Las estrellas, el cielo negro, la calle vacía y este gallo solitario, entumido, me tocaron alguna fibra, hasta que lo alcancé y lo invité a tomar unas cervecitas. Entramos a

un bar y nos pusimos a beber en silencio. Después comencé a hablarle, le toqué muchos temas, le dije que el destierro es una soledad como un sueño pesado, no sabemos lo que dura porque el tiempo no pasa cuando uno está soñando y tampoco si uno se halla solo entre extraños, pero le dije también que no estaba solo, quiza no veía a su gente porque no la quería ver y, luego, le tiré la sonda más profunda. Le dije, Domingo, alguna vez tienes que afrontar el problema de la comunicación. Me quedó mirando como si yo fuera el conductor del tren que viene a revisar los boletos. No, le dije, no lo digo en abstracto. Te hablo de la comunicación con tu compañera, esa mujer tan mujer que te ha tocado en suerte, una mujer que va contigo a todas las paradas, que sin necesitar nada se da entera a la causa, mujer sufrida como las mismas compañeras nuestras. El único defecto suyo es que es extranjera, pero no le vas a pedir a todo el mundo que sea chileno ¿no? Además, ella habla nuestra lengua. Abrete, Osorio, entiéndela, déjale un ladito para que ella entre a tu propio mundo. Es todo lo que te pide.

Yo sabía que Osorio pasaba ahora más tiempo fuera de su casa, que se arrancaba noches enteras a su compañera, que llegaría el momento de la arrancada final. Pero sabía también que en Osorio había un

problema de esos que no solucionan las comisiones de control.

El me escuchaba con aire entretenido, un tanto con cariño y otro poco con lástima. No decía nada. No dijo nada. Tomaba sus cervezas tibias agarrando la botella como corneta de regimiento. Abandoné toda esperanza de hacerlo hablar. Le toqué el tema de su responsabilidad de militante. Movió la cabeza un par de veces como diciendo de acuerdo, viejo, de acuerdo, no me jorobe más.

Entonces me decidí a mirar la noche por la ventana y a pensar en la escarcha que ya se iba formandosobre los techos. Después empecé a contar los autos que pasaban y decidí que era tiempo de

irse.

El domingo siguiente fue la gran concentración en el local de los Trabajadores del cuero. Solidaridad y campaña de ayuda para los presos políticos. Aniversario.

Domingo Osorio y la Ofelia llegaron juntos. Pensé que había esperanzas.

Era como una concentración de pueblo chico en la patria, mediodía de fiesta, con sol brillante, cielo azul; sólo que aquí los colores de las casas son más fuertes y más limpios, la gente más colorada y vistosa, los compañeros agarran un aire como de canutos, pero el entusiasmo, aunque contagia. no es como cuando uno las revuelve en su tierra.

Yo estuve a cargo del discurso que acaba en la gran colecta. ¿Quién empieza con cien dólares? Nadie va empezar con cien dólares, pero uno le da un rato al mismo canto, como disco rayado, y después

baja a cincuenta, a veinte, a diez, a uno y, por fin, al sencillo, todo el sencillo pues compañeros.

Se me olvidaba decir que en una reunión previa de los v ejos se acordaron cambios en el programa. Seleccionamos estrictamente las variedades, el conjunto folklórico sí, el cuadro de ballet revolucionario también, aunque la gimnasia de estos ñatos ya me tenía hasta las pelotas y el líder, que estaba echando guata se descontrapesaba a cada rato y amenazaba con caerse del escenario. El número de Osorio se eliminó. Su monólogo, el cuadro plástico y el coro infantil quedan para la peña, en la noche, se dijo, y él no protestó.

Desde el escenario lo estuve observando. Había una contradicción tan grande entre la rubia amazona y la pinta de suche que perdió la pega de Osorio, que se encogía el corazón. Osorio gritaba y la Ofelia gritaba. El dirigía las consignas, las lanzaba con una voz que le subía gorgoreando desde el buche y las

tiraba vibrando sobre el público que las coreaba disciplinadamente.

"¡Compañero Van Schowen! "gritaba Domingo Osorio con voz de pequenero.;

"¡Presente! "respondía la multitud.

Lejos de perder el entusiasmo y las fuerzas, en esos momentos Domingo Osorio se agigantaba.

Eso me dió animos y pienso que mi discurso fue bastante bueno. Después de remecerlos con recuerdos de la patria, cpmencé la colecta. Me tiré a fondo. Toqué fibras que debían conmover al más duro auditorio. Y los billetes empezaron a saltar. Las compañeritas pasaban tarros con banderitas chilenas y el sencillo tintineaba alegremente por todo el teatro. ¡Qué día gloriosos! Me iba diciendo. Los cabros del conjunto floklórico cantaban un tema de Víctor Jara. La emoción nos cerraba los ojos, la nostalgia de la mañanita clara en la tierra invernal me llevaba fuerte hacia los sures.

Y, entonces, me dije ¿por qué no intentar otra vez la grande? ¿el premio gordo? Y me tiré el salto. Pedí silencio. Voy a hacer un anuncio, dije, algo especial, de última hora. Leí un cable reciente, una noticia de la heroica resistencia de las madres de los desaparecidos, madres que se amarraron con cadenas a los barrotes del Congreso, madres que desafían a los esbirros... me tiré un discurso de cinco minutos

corridos, una sola frase enardecida y fulminante que terminó con una cerrada ovación de pie.

Y ahí mismo pedí la contribución máxima.

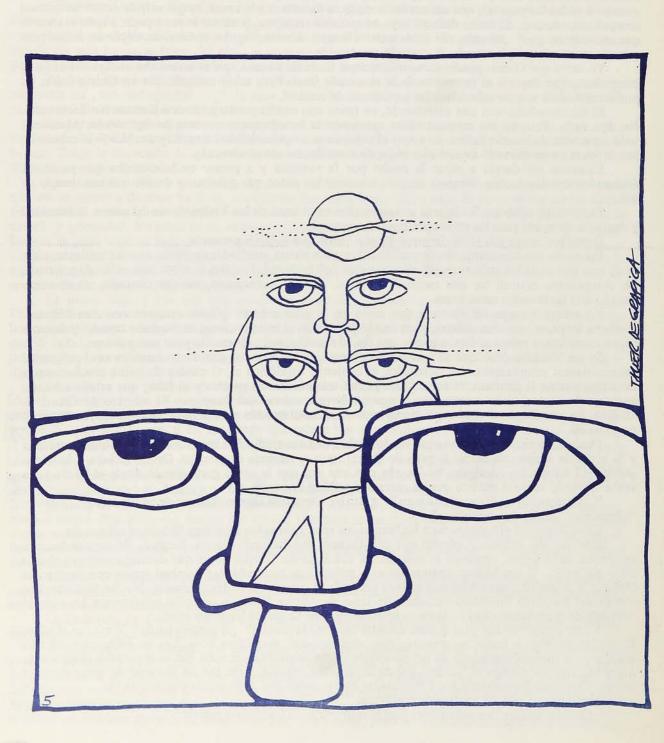
Silencio y expectación en el teatro. Los rostros se vuelven hacia todos lados. Sonrisas escépticas, pero también esperanzas. Pasan unos segundos y, de pronto, se levanta una persona en la platea, avanza desde el fondo y va aclarándose su figura. Le ponen el reflector y lo iluminan entero.

Es Domingo Osorio que viene serio, a paso rápido, ágil, y en la mano derecha trae su brazo postizo, resplandeciente. Lo espero con la boca un poco abierta. Sube al escenario, se acerca al micrófono

y dice "este aparato vale más de mil dólares, aquí está para la resistencia"

Hay un instante de desconcierto en el teatro. Trato de ver a la Ofelia, pero me la esconde la gente, de pie, aplaudiendo. Le estrecho la mano derecha a Osorio y lo veo mover los labios. No entiendo claramente lo que me dice. No estoy seguro, porque de repente ya se ha ido y se me pierde allá abajo en el tumulto.

Pienso que Domingo Osorio dijo lo que tenía que decirle a su compañera, a su suegro, al mundo. ¿Y el brazo? Ahí quedó junto al micrófono, esperando, como cuando Osorio se lo quitaba para jugar billar.



Nacido en 1936.

El mar.

Acabo de recibir una carta de Rogelio -desde un punto del globo bastante lejano- en que el pobre desdichado me cuenta que está en el cuarto de su hotel escribiendo a sólo 15 metros del mar. Cuando se refiere al mar dice algo muy bonito.Dice: "...con la ventana abierta, escuchando ese rugido tan familiar y tan querido, aunque sea de un mar cabrón, gris de color, que no huele a nada y que ni siquiera es capaz de parir un par de almejas." Y esto, desde luego, a que no cualquier mar es como algunas zonas de ese tramo largo del Pacífico que baña nuestro país entero de norte a sur y donde solíamos en otras épocas pasar muchas horas, días, semanas y hasta meses. Años no. Porque de algún modo u otro Santiago estaba siempre de por medio, y era ahí donde había que asistir al colegio, a la universidad, a la oficina o adonde fuera. Pero lo que quiero decir es que si enfilábamos rumbo en dirección oeste desde cualquier punto de la ciudad -o del país, incluso, diría, aun sin ignorar que en el norte el desierto es cosa seria de cruzar- no se nos iba más de su hora y media para llegar hasta las verdes aguas del océano, esas aguas frías, casi hostiles a la piel del afuerino, pero donde las almejas y las cholgas y las ostras agarraban un yodo insuperable. A veces, de muchachos (cuando podíamos dormir embutidos en un saco de campaña bajo el cielo y sobre la arena o aun sobre las piedras) nuestro principal interés era bañarnos, nadar, abordar o hacerles el quite, por ejemplo, a esas olas gigantes que azotaban la Playa Chica en las mañanas de viento; desde luego que buscar también algunas niñas de buen cuerpo y sonrisa generosa a quienes poder asombrar con nuestras destrezas acuáticas para luego, por las tardes, después del clásico paseo a lo largo de La Terraza, robarles un par de besos fáciles. Más adelante, unos cuantos años quiero decir, el baño no era ya nuestra principal causa para viajar constantemente al mar. Podía ser la pesca tranquila dsde los roqueríos, el descanso de la rutina en que las ciudades, el cambio de ambiente, relajante para los nervios ajetreados, el deseo de comerse en grupo un buen plato de erizos al matico, de machas a la parmesana, o un insuperable filete de congrio. Todavía algunos años después quizás fuéramos más que nada a pensar, a contemplar ese ritmo tranquilo de las olas durante horas en que el pasado podía enseñarnos algunas cosas importantes, otras fundamentales. Mirando hipnotizados esa masa de agua cambiante. Recuerdo siempre una frase que mi amigo Manuel -también con él nos escribimos desde lejos- puso en una de sus novelas. Decía: "Fundaría un país a la orilla de tus ojos, cambiantes como el mar." Creo que no he leído nunca una declaración más efectiva, más dinámica. Manuel también tuvo que salir después de la tragedia de septiembre y anda por ahí perdido en otros continentes... Y éramos siempre un buen grupo de marinos de agua dulce que de algún modo, juntos, habíamos aprendido a sacarle a la vida una que otra cosa positiva la risa, por ejemplo- y a saber que nuestras costas podían ser un factor primordial en ese descubrimiento. A Antonio, para citar un caso, si le gustaba la Playa Chica era por todo lo contrario. Típico y de buen tono resultaba decir: "Cartagena en invierno es precioso, magnífico, de primera, pero en verano no se puede aguantar, tanta gente, tan atestado (tanto 'roto' para loa más siúticos), ni andar se puede." Antonio, en cambio, con su vitalidad de bestia nueva, y sin complejos de su incip, dijo, entre niños que tiraban arena a los ojos, entre pelotazos y fotógrafos, entre panes de huevo y las canciones del loco "Mejillones" por un peso, entre niñas de todos los colores y viejos de todas las edades, entre quitasoles y tarzanes bronceados que levantaban pesas, dijo: "esto es lo que me gusta a mí. Me carga el hueveo de la playa solitaria." Sin embargo también es cierto que a cinco kilómetros de ahí estaba justo el lugar para la cita clandestina, para el señor Equis, casado con la señora Jota, casada con el señor Eme (veraneando en Las Cruces) ¿No te acuerdas Rosana, cómo nos dejábamos ir por las pendientes suaves de las dunas, cerca de los conchales primitivos, cómo nos besábamos, cómo tú me pasabas las manos por mi melena de vago

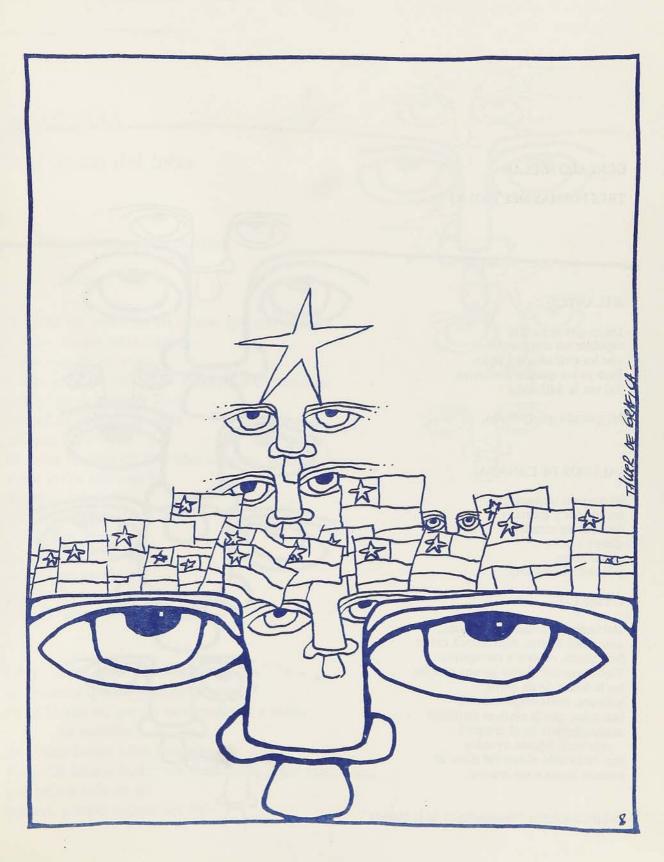
impenitente, cómo yo de pronto me quedaba helado sólo de contemplar la hermosura de tu cuello, esa curva suave, larga, que no puede tener metáforas, y nos desnudábamos tan sueltos de cuerpo, total, ahí quién? Ibamos de a poco llegando hasta el mar y entre yo mirándote y tú mirándome todo era puro asombro, como si nunca nos hubiéramos visto antes, como si fuera una primera vez, primera y única vez desesperada, porque en ese momento quizás lo importante, lo primordial, era que el tiempo, las malditas horas, se venía encima muy rápido, casi como si ya se estuviera acabando todo, como si fuéramos a morir y el último adiós -la copa del estribo- reventara en ese encuentro solitario, tan secreto, tan angustioso, porque después de todo jen eso! la libertad sí que no era nuestra. Y sonaba la campana como en los colegios cuando el recreo termina y otra vez a clases, ya, adiós amor, reina preciosa, adiós cabro de los cielos, si, mañana no, pero el martes, el martes sí como sea, contra viento y tempestades, te dejarías quitar la polera roja, el blullín ajustado, para que mis pobres ojos de cristal silvestre otra vez se abrieran enormes ante el abismo de tu figura delgada y curvulenta apenas cubierta por un calzón blanco y un sostén que tampoco engañaban a nadie. Sobre la arena sentada japonesamente hasta que mis manos violentas, y también solidarias, pero sobre todo violentas, te arrancaran a tirones aquello y quedaras convertida en una Eva de veras maravillosa para la que cualquier pobre Adán fuera apenas un vello del empeine. Si te acuerdas de cómo entonces mis manos te retorcían al recorrerte, de tu sonrisa que no podíias ver pero que yo calibraba muriéndome de tanto deseo mientras entre risas y mariposas íbamos rodando al agua, a meternos en esa sal donde hacer el amor flotando era tarea de titanes, de un par de bárbaros titanes para los que ese momento de amor pudiera ser la única razón de vivir, pero Rosanita, no te aflijas ante el recuerdo de la violencia -no la de los celos-, la del mar, que es el gran regulador, porque "las tardecitas de Buenos Aires tienen ese qué se yo", recuerda, detenidos ahí entre semáforos y melones, llenos de gentes alrededor que también sabían que estaban "piantaos piantaos" y antes de apretar el botón del radio del auto, te dije: "quiero regalarte un tango"

–¿Cuál?–Piantao.

Y te dije "aquí, con 'valsecito bailador' y todo", y entonces aprieto el botón y suena la radio como un mago de cuentos orientales justo diciendo "vení, volá, vení" y ahí, queri-endonos entre angustias automovilísticas, cordilleranas, o incluso hasta de la onda aviadora, no creas Rosana que no, nunca vayas a creer que no, la vida tiene sus puntos y comas y de veras pienso que un amigo que tengo está justo en el medio de la razón cuando dice que todas las cosas, lo primero es el mar;sí, largas playas solitarias con amplios dunales donde ningún acto secreto podía ser descubierto desde la tierra. Todo eso: el baño, el amor, los mariscos, la meditación, todo eso era el mar. Por eso la carta de Rogelio me ha puesto en onda pensativa, nostálgica, acaso sabia frente a tantos hechos. "Sabia" puede parecer pedante. Pero la verdad. han pasado no sólo algunos años, sino también bastantes cosas. ¿Baeza, dónde está? Durante un tiempo -matino alto- sólo pudo oír el mar sin verlo porque los verdugos le vendaron la vista cuatro meses enteros en la isla Quiriquina, donde olas y resaca se escuchaban de cerca. ¿Dónde está ahora? ¡En Tanzania! Todos, todos están en países raros, trasplantados, adaptándose a nuevos climas. Casi siempre lejos del mar. Ernsto a Noruega, cerca de las legendarias Lofoten, un poco más próximo a las olas que los demás. Y Saurio, ocúltandose de los fríos de Vancouver en una sala de hospital donde su voz cansada no tiene posibilidades de ejercicio; mirado desde el otro lado de un vidrio por su tierna Negra y por los niños asombrado Lejos del mar. Y el "Mono", poetizando el socialismo sin erizos ni ceviche ni boleros de la vieja guardia. Lejos del mar. ¿Será posible que las furias de Satán hayan arremetido contra todos a la vez? ¿Que la muerte entre torturas de Enrique y Víctor, que el cáncer ya sin vuelta de doña Olga, la sordera de Baeza, la neurosis de Rogelio y el suicidio de Jorgito sean producto también de la circunstancia histórica? ¿Pero por qué entonces a mí no me ha pasado nada? Quién sabe si en el mar se encuentre la razón. Al comienzo, lo miraba durante largos ratos al llegar del trabajo. Sí, el mar. Me sentaba a mi escritorio, apagaba las luces (menos la lamparita roja) y lo miraba hipnotizado, igual que en otros tiempos allá lejos, apoyado sobre la baranda del buque, de pie contra el viento en los roqueríos de abajo, o desde el ojo de buey de mi camarote, sobrevolando por gaviotas en espera del cardumen para lanzarse piqueros que parecían flechazos inequívocos, las casitas de Las Cruces apiñadas al otro lado de la extensa bahía que nacía ahí mismo y dibujaba la media luna. Me sentaba digo, a mi escritorio y lo tomaba entre mis manos. Veía su agua mecerse suavemente, ondular como al paso de una brisa ligera, avanzar la ola inofensiva con su ritmo inconmovible hasta chocar contra la pared transparente de esa cajita mágica y luego devolverse en un pequeño remolino. Después, un movimiento de mano y las aguas se agitaban y se levantaba violenta la espuma y las olas crecían, se hacían gigantescas, azotaban y yo ahí, en mi escritorio, viéndolo todo, temeroso de que suguiera la tormenta. Pero eso de los largos ratos después del trabajo, era sólo al comienzo. Más tarde fue creciendo el tiempo y empecé a faltar a la oficina. Me levantaba por la mañana y trataba de no pasar frente al estudio para evitar la tentación, pero de pronto, antes de salir, me engañaba a mí mismo, echaba de menos cualquier cosa para tener el pretexto de entrar y entonces abría

sigilosamente la puerta, lleno de un temor muy hondo. Ahí estaba, sobre la mesa escritorio bermellón. Ahí empezaba a deleitar todos mis sentidos, porque porque aunque esas olas encerradas no rugían, yo las escuchaba y escuchaba también la fuerza del viento y me iba quedando, olvidado ya del reloj, lejos de la oficina, lejos de todo, cerca sólo del mar. Así fue como empezaron mis ausencias del

trabajo, gradualmente, hasta ahora en que me trajeron aquí, en que ya no salgo de esta habitación blanca y se me han agrandado los ojos. No suena ya más el teléfono y a veces, cuando me comparo con los otros, los lejanos y los que nunca ya veré, me aferro a la idea de que es por eso de que me salvo. Que es el mar que tengo encerrado entre cuatro paredes de acrílico la razón de que a mí no me pase nada, de que a mí no me pase nada, de que a mí no me pase nada, de que.



GONZALO MILLAN

TRES POEMAS DEL EXILIO

ATLANTES.

Dicen que se podría repoblar un continente con los exiliados del siglo. Pero ya no quedan Américas. Tal vez la Atlántida.

Mi querido quirquincho,

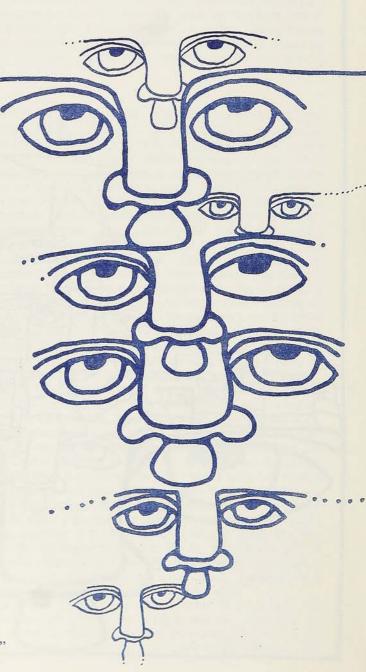
SALUDOS DE CANADA

Mi querido quirquincho, mi cóndor y guanaco. Saludos les mandan alces y renos, el oso polar y la ardilla voladora.

CASSETTE.

Hablamos con voces quebradas, contamos chistes, cantamos a coro; brindando, reímos a carcajadas. Registramos el llanto de una guagua, los ladridos de un perro, sollozos, toses desgarradoras— (sin saber que la cinta se arrollaba anormalmente en el carrete)—para unos lejanos oyentes que oirán sólo el eco del silencio cuando llegue a sus manos.

Del libro inédito "Seudónimos de la Muerte"



OMAR LARA

Las horas del lobo

Difusos habitantes escudriñan

Nada

mueven los labios en un idioma que casi olvidé aunque sé que estás aquí al alcance de mi voz a menos de un millón de kilómetros de distancia debajo de tu blusa de lana debajo de tu blusa de luna caliente y nerviosa.
Si todas las mujeres tiemblan bajo una blusa de lana tibias en su porosidades si todas tiemblan feas y lindas qué puedo decir de ti que eres mía y te amo aunque no existas.
He vivido tantos años lejos de ti

isla
en las viejas casas de madera
en la tierra que no pisamos juntos
en la hierba en que no nos tendimos a mirar
las estrellas
he vivido tantos años lejos de ti.
Pero qué habría hecho sin tu ausencia todos estos años
qué habría sido de mí

rodeado de tu ausencia como una

hubiera podido incluso ser feliz.

Debo apresurarme, se me hinchan las piernas tú sabes y en el cuerpo me aparecen unas fantásticas placas aureoladas.

Me pregunto si llegaré a tiempo a tu cuerpo tu cuerpo que se contrae con mi jugo de limón debo apresurarme.

Debo apresurarme a pensar que debo apresurarme.

Tú que eres razonablemente feliz ¿Has pensado en lo que nos espera? Hay lugares que son sólo nombres y otros son sólo recuerdos y nosotros buitres de los recuerdos. He ahí esos despojos un gesto

una sonrisa el paso del tren frente al suave lomaje un furtivo paseo por el pueblo natal después de tantos años.

Algo queda. No es un festín los huesos están roídos

casi pulverizados
pero puedes buscar bajo las piedras
o lamer el polvillo.
Mas hay amor mío
lugares y destinos que parecieran estar
al otro lado del mapa
invisibles pero ciertos
con tranquilos crepúsculos
y en la distancia
cuerpos que se deshacen en dirección al sol
mientras salan sus piernas en la espuma.
Habremos envejecido junto a un cenicero repleto de
colillas

amarillo y algún otro tesoro rescatado del tiempo. Tú que podrías haber sido razonablemente

mirando algún retrato ya sin rostro

